

LA ÚLTIMA JUGADA

Abrió los ojos y extrañado y sin comprender nada preguntó, ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy?..

Como respuesta oyó que le decían; — Es que acaba de salir de un estado de coma. Está en un hospital—. Entonces reaccionando dijo, ¡Ah! sí, ahora que me lo recuerda me viene a la memoria que ayer yendo a casa, el coche me derrapó, pero no sé más.

No quisieron decirle que habían transcurrido diez días desde aquel fatídico choque que tuvo contra el pretil del puente.

Después de esto su mejoría fue lenta pero progresiva, si bien los médicos no quisieron darle el alta pues prefirieron tenerlo en observación ante cualquier respuesta inesperada del organismo.

En sus muchos ratos de ocio dedicó su tiempo a pasearse por las instalaciones y de esta forma tuvo conocimiento, que de vez en cuando, se organizaban pequeños torneos de ajedrez con el fin de entretenerse y estimular las mentes de los internos.

Sin dudarle, se apuntó puesto que no sabía cuándo saldría y los encuentros iban a comenzar de inmediato.

Le comunicaron que el en sorteo le había tocado una persona que estaba también allí, en el piso octavo, y que según la información que

disponían, sabían que estaba ingresada asimismo en la unidad de traumatología desde hacía mucho tiempo.

Fue sabedor de que había derrotado prácticamente a todo tipo de oponentes ya bien se tratara de mujeres u hombres, muchos de los cuales habían llegado hasta allí, precedidos de gran fama de pensadores o matemáticos, es decir, en suma, que casi nunca había perdido.

El momento de comenzar su encuentro llegó. Ambos contendientes una vez sentados colocaron sus piezas sobre el tablero; se proveyeron de los relojes/marcadores de tiempo colocándolos al alcance de sus manos y se dispusieron a combatir encarnizadamente Él, fijó su vista sobre su contrario y con sorpresa advirtió que se trataba de una mujer vestida con una pulcra bata azul oscura. Su edad era un tanto imprecisa de determinar. Su belleza inquietante daba a entender que su carácter, al parecer, era serio y circunspecto. Su físico no transmitía confianza si bien su pelo moreno y largo y sus ojos negros como el azabache y fríos como el acero invitaban solapadamente, sin poderlo evitar, a fijar la mirada de vez en cuando en ellos.

Sin cruzar unas palabras sino únicamente con una leve y rápida inclinación de cabeza a forma de saludo se centraron en el juego. Apenas sí había hecho tres movimientos, comenzado él con las fichas blancas, cuando inesperadamente sonó con estrépito el móvil de su enemiga dando

lugar a romper el silencio y la concentración reinante en la sala. Ella se distrajo unos breves instantes esbozando una ligera sonrisa de triunfo al escuchar la noticia que le transmitían, y esto fue suficiente para que él aprovechándose de la ocasión tan pueril pudiera hacer a la vez una última jugada, la cuarta, que produjo un cambio inesperado en el semblante de su oponente, pues había hecho lo que se conoce en términos ajedrecistas, un jaque pastor, es decir, que a una jugadora tan avezada como ella, la distracción inusitada le ocasionó que la partida quedara sentenciada; a la vez que él pronunciaba un gozoso ¡Jaque Mate!

Enrabiada por el resultado obtenido, su opositora se levantó echando al suelo el tablero de juego y la silla en la que estaba sentada; entonces la vio desaparecer como una exhalación, por la puerta, dejando a todos los presentes, atónitos pero contentos.

Feliz y satisfecho por el triunfo obtenido, empezó a recibir los parabienes de rigor, unos le abrazaban, otros le decían;

— ¡Estupendo! ¡Fabuloso! Nunca habíamos visto una partida tan rápida y sorprendente, que fallo tan incomprensible, vamos, dijo alguno, una chiquillada.

En su euforia aún oyó y vio a uno de los que le había felicitado que desde la entrada al habitáculo gritaba:

— ¡Oye, muchacha, vuelve que te has dejado tu bastón!

Poco más tarde regresó a su habitación. En el momento que penetró en la instancia se encontró con la agradable sorpresa de que la enfermera que le atendía le notificaba su alta hospitalaria y le hacía entrega de las instrucciones de rigor a seguir.

Con premura preparó lo poco que en su armarito-taquilla tenía y abandonó el centro.

Una vez en la calle fue abordado por un hombre anciano y encorvado que de sopetón le preguntó...

— ¿Señor, por favor, queda lejos el hospital? Es que tengo que presentarme, para ingresar, en la planta de traumatología para que me hagan, en principio, una operación creo que de cadera o algo así, no lo sé con exactitud. Él le miró y le respondió ¡No!, lo tiene muy cerca, es ese edificio que tiene enfrente y tiene que ir a la planta octava.

Dirigió una última mirada al centro hospitalario, y como por ensalmo vio pasar entre ventanales, a su ex enemiga de juego dejando una estela oscura y lúgubre y llevando sobre sus hombros un artilugio que a pesar de la distancia reconoció como una guadaña.

El sol radiante que iluminaba el día, el bullicio del ir y venir de las gentes y el tráfico de vehículos hizo que sus ojos se tornaran un poco vidriosos por unas lágrimas que pugnaban por salir y que él se esforzaba en retener para no llamar la atención.

En esos instantes valoró lo que se sentía al estar vivo mientras que unos niños, entre gritos y risas, jugaban al fútbol en un parque cercano.